

*Dos
familias,
una
tormenta*



Durante las últimas dos semanas, todos los canales de televisión habían estado dando seguimiento a una tormenta originada en las costas de África. Marta ya se estaba poniendo nerviosa. Ella y su familia apenas se estaban recuperando de la tormenta que les había golpeado el año anterior. Recordó con terror ver a sus hijos asustados, llorando y gritando por miedo de que el viento los arrastrara a ellos también. De no ser por sus vecinos de enfrente que llegaron a tiempo para ayudarles, nadie sabe lo que les hubiera sucedido. La verdad es que se sentía con miedo y enojada con su esposo porque él se rehusaba a prepararse para esta tormenta ni quería que se fueran a un refugio. Decidió llamar a su esposo y pedirle que llegara temprano para que, por lo menos, asegurara ciertas áreas de la casa. Cuando lo hizo, lo que escuchó fue: “¿Cuántas veces te voy a pedir que no me llames a la oficina? ¡No me gusta que me interrumpas en

el trabajo! ¡Ya te dije que nada va a pasar! Ya Dios nos castigó con la última tormenta, dudo que nos vuelva a hacer lo mismo. No quiero que te pongas a estar preparando nada ni comprando nada para que después toda la comida envasada se pierda. Ya te he dicho que es dinero perdido”. Marta escuchó el *click* de la línea telefónica cuando su esposo cortó la comunicación. No era la primera vez que Paco le colgaba el teléfono cuando ella trataba de pedirle algo. Marta decidió no ir a la tienda a comprar nada porque, si Paco regresaba y veía que ella se había preparado, le esperaría otra discusión. Pensó en llamar a su vecina Isabel para conversar un rato. Isabel siempre la calmaba. Siempre le hablaba con mucha paz, la animaba y le aconsejaba bien.

Mientras tanto, Isabel se encontraba en la cocina preparando todo lo necesario en caso de que no tuvieran servicio de agua o luz. José, su esposo, estaba en el patio asegurándose de que la cisterna de agua estuviera llena y sin averías. Entonces sonó el teléfono. Era Marta, su vecina.

—¿Cómo estás Isabel? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Marta.

—Aquí estoy, preparando los víveres de emergencia y poniendo todo en orden por si acaso la tormenta nos toca de nuevo.

—¡Ay, por favor Isabel, no exageres! —le dijo Marta con frustración—. Esta tormenta no nos va a llegar. Ya tuvimos suficiente con la del año pasado y Dios no va a permitir que nos vuelva a pasar.

—Bien, Marta, pero quiero que sepas que estamos aquí en caso de que nos necesites —dijo Isabel respirando profundo y un poco preocupada.

Un poco molesta, Marta le dijo:

—No te preocupes, m’hija, no necesito de tu ayuda porque no va a pasar nada. La tormenta no va a llegar, así que es una pérdida de tiempo prepararme. Adiós.

Isabel se quedó pensando, preocupada. No podía entender cómo

Marta y su esposo no se querían preparar ya que la última vez habían perdido todo y apenas se estaban recuperando. Y, además, tenían cuatro hijos.

Los pensamientos de Isabel fueron interrumpidos por su esposo preguntándole —¿verificaste si necesitabas algo más de comida? Voy a ir al supermercado a comprar más víveres. Escuché en las noticias que la tormenta está tomando más fuerza.

José notó preocupación en el rostro de su esposa.

—¿Qué te preocupa?

—Acabo de hablar con Marta y me dice que tampoco van a prepararse esta vez. Me preocupan sus niños —Isabel le contestó.

José pensó por un momento en todo lo que les había pasado a sus amigos el año pasado.

José y Paco, el esposo de Marta, habían ido juntos a la secundaria y desde ahí mantenían una amistad fuerte como de hermanos. Cuando ambos se casaron decidieron construir sus casas en el mismo barrio para ser vecinos y que sus hijos se criaran juntos. Sin embargo, Paco no quiso escuchar el consejo del constructor que les recomendó construir la casa del otro lado del lago donde el fundamento era más sólido y con tierra rocosa. Esa sección de tierra era un poco más costosa pero garantizaba un fundamento sólido. Pero Paco quería construir rápido y economizarse dinero, así que escogió la sección cerca del lago, que tenía una vista preciosa pero el fundamento era más arenoso pues en el pasado esa región era pantanosa.

Los pensamientos de José se interrumpieron por la voz de Isabel:

—Mi amor, ¿estás bien?

—Sí, mi vida, estoy bien. Solo estaba pensando en lo que me acabas de decir. Espero que no tengan que enfrentarse a una tragedia más para que hagan algo diferente.

—Está bien, yo voy a preparar sábanas y los colchones de aire de

emergencia en caso de que tengan que venir a quedarse con nosotros —le contestó Isabel.

Mientras Isabel continuaba preparando la casa, les dio instrucciones a los niños de cómo preparar sus cuartos y juntar algunos juegos y actividades para hacer si se quedaban sin electricidad durante la tormenta. Ya eran las cinco de la tarde y estaba muy oscuro. A lo lejos se escuchaban los primeros truenos y ya comenzaba a llover.

En casa de Paco y Marta los niños estaban inquietos. A Paco ya se le había acabado la paciencia y comenzó a gritarles a los niños para que se tranquilizaran.

—¡Cállense! ¡Ya me tienen cansado con tanto llorar y correr de aquí para allá!

Marta lo interrumpió y comenzaron a discutir delante de los niños. Ya era costumbre de Paco discutir y gritar enfrente de los niños. Los niños miraban asustados. Carmelito tenía cuatro años y estaba en un rincón de la sala abrazando su oso de peluche y llorando asustado. No entendía completamente lo que estaba pasando pero sentía miedo. Miraba a lo lejos a sus padres peleándose y se preguntaba si ocurriría lo mismo de la tormenta anterior. Marta le reclamaba a Paco no haberse preparado cuando los interrumpió el corte de electricidad. Al instante los niños comenzaron a gritar y llamar a sus padres

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Buaaaaa!

—¡Cállense! —les gritó Paco—. ¡Dejen de llorar que no pasa nada!

—¿Cómo que no pasa nada? —respondió Marta indignada mientras buscaba una linterna, trataba de abrazar a sus hijos y les pedía que se sentaran en el sofá todos juntos para que se sintieran protegidos.

Marta y Paco continuaban discutiendo, culpándose uno al otro de quién tenía que haber hecho algo para prepararse para la tormenta. Paco interrumpió a Marta:

—¡Ya deja de preocuparte; voy a ir a la tienda para comprar madera y prepararnos!

—¿Cómo vas a ir a la tienda *ahora*? ¿No ves que la tormenta ya está azotando y no hay ninguna tienda abierta? ¡Ya no podemos hacer nada! —le gritó Marta en estado de histeria.

Marta comenzó a llorar delante de los niños. Pedrito, de ocho años, lloraba y preguntaba:

—¿Nos vamos a quedar sin casa otra vez?

Marta tenía tanto miedo y confusión que le dijo:

—Sí, y ¡todo por culpa de tu padre!

En ese momento el caos aumentó. Lidia, con sus 13 años, ya estaba cansada de tanta pelea y se fue corriendo, tropezando con todo en la sala, a esconderse en el baño. Le puso seguro a la puerta y se metió en la tina vacía a llorar. En ese momento deseó morir. No era la primera vez que Lidia quería morir. Varias veces había intentado cortarse pero algo pasaba que se lo impedía. Era como si Dios no quisiera que ella se quitara la vida. En ese momento se escuchó un trueno fuertísimo e inmediatamente cayó una parte del techo del baño y la lluvia comenzó a entrar. Gracias a Dios que el techo no le cayó encima pero, entre la oscuridad y la lluvia, la niña no podía ver para salir de ahí. Trató de abrir la puerta pero no pudo, y comenzó a gritar asustada, cuando de momento escuchó la voz de su padre y un estruendo como si estuvieran rompiendo la puerta. Afuera los relámpagos y los truenos eran cada vez más intensos. La lluvia aumentaba cada vez más y ya se comenzaba a inundar la



calle. La lluvia se deslizaba por el techo de la cocina y el agua ya estaba llegando a la sala. Los niños lloraban asustados. Los truenos estremecían las paredes de la casa y los relámpagos no cesaban ni un minuto. Paco solo gritaba y murmuraba molesto. Mientras sacaba a Lidia del baño le gritaba: “¡Fue tu culpa! ¿Quién te mandó a esconderte en el baño?”.

Por un momento, Marta recordó las palabras de su madre cuando su hija le dijo que se iba a casar con Paco: “M’hija, ese muchacho no es muy responsable, es muy insensato y no te conviene. Si te casas con él solo vas a sufrir”.

De repente apareció Paco con su caja de herramientas para tratar de reparar el techo mientras continuaba filtrándose el agua. Nuevamente comenzó la discusión entre Paco y Marta. “No puedes arreglar el techo ahora mientras se viene abajo, puedes tener un accidente y hacerte daño” le dijo Marta, pero Paco la ignoró y continuó con su objetivo.

En casa de Isabel y José, ambos estaban en la sala sentados en el piso a la luz de las linternas de gas cuando se comenzaron a sentir vientos más fuertes y los niños vinieron corriendo. A Tito se le veían los ojos grandes y asustados; sin embargo, le dijo a su hermanita: “No te preocupes, todo va a estar bien... papá y mamá se prepararon y compraron comida, hay agua, el perro está en el cuarto de atrás en su canastita, y yo voy a orar para que Dios nos cuide”.

“Tengo que admitir que me enterneció el corazón”, le dijo Isabel a su esposo mientras continuaba. “Me calma saber que contamos con la protección de Dios pase lo que pase, y que hicimos lo mejor que pudimos para protegernos”.

Tito se acercó y, como si escuchara los pensamientos de su mamá, le preguntó:

—Mami ¿podemos dormir hoy todos juntos en tu cama grande?

Hay tormenta y me siento mejor si estamos todos juntos.

José e Isabel se miraron y le contestaron al mismo tiempo con una mezcla de ternura, amor, y sentido de protección.

—Sí, mi amor.

A pesar de la tormenta que azotaba afuera, dentro de la casa se sentía un ambiente de paz. Estaban calmados y hasta bromeando con los sonidos de la tormenta.

Entonces se oyó el timbre del teléfono.

—¡José! —se oyó el grito de Paco al otro lado del teléfono.

El rostro de José palideció. La voz preocupada de Paco apenas se entendía entre el ruido de la lluvia y los niños llorando al otro lado de la línea.

José dijo:

—Vénganse a casa con nosotros inmediatamente. No se arriesguen, yo los voy a buscar con un par de linternas.

Al colgar el teléfono le dijo a Isabel: “Paco y Marta necesitan nuestra ayuda. El agua comenzó a filtrarse por el techo del cuarto de los niños, y el techo de la cocina ya se desplomó. Los niños están muy asustados. La ventana de atrás explotó con el viento y se les está inundando la casa”.

Como si tuviera un resorte, Isabel comenzó a darles instrucciones a los niños para que prepararan sus cuartos para la llegada de sus amiguitos mientras ella ayudaba a su esposo a buscar los materiales que ya habían preparado para Marta y Paco en caso de que esto sucediera. La calle estaba tan inundada que parecía un río.

Decidieron que primero iban a traer a los niños y luego a Marta. Apenas se podía ver con la lluvia y la oscuridad así que, con mucho cuidado, Isabel salió al balcón para alumbrar a José con la linterna y poder ayudarle un poco a la distancia. La lluvia seguía cayendo y el viento seguía soplando. Ataron una soga alrededor de la cintura de los

niños para evitar que se fueran a ir con la corriente o el agua subiera repentinamente y los arrastrara. Atados a la cintura de José comenzaron a tratar de cruzar la calle. Se los oía gritar y llorar asustados. José les hablaba a los niños con una voz calmada, firme y tranquilizante. El agua seguía creciendo y le llegaba a José poco más arriba de las rodillas. Luego ayudó a cruzar a Marta, y finalmente a Paco.

Cuando al fin estuvieron todos a salvo en casa, Isabel buscó ropa seca y limpia para que se cambiaran. Paco y Marta discutían sin parar. Los niños ya estaban un poco más entretenidos con Isabel que los había acomodado en el cuarto en sus respectivos colchones de aire y sus camas mientras les contaba una historia para que se fueran calmando y logaran conciliar el sueño.

Isabel se fue a la sala a buscar a Marta para ayudarla a calmarse y detener la discusión de alguna manera.

“Ya no tiene sentido que sigan discutiendo”, les dijo a Marta y a Paco.

José agregó: “El momento de prevenir esta tragedia era antes de la tormenta, no ahora que está en todo su apogeo. No discutan más; si se echan la culpa el uno al otro no podrán proteger a su familia y su relación. Lo hecho, hecho está”.

Al día siguiente en el cielo se comenzaban a distinguir unos rayos de sol a través de algunas nubes. Ya la tormenta había pasado. José e Isabel se levantaron a ver lo que había quedado de la casa. Cuando salieron, sus ojos no podían creer lo que veían. La casa había desaparecido, solo quedaban los escombros de lo que apenas unas horas antes estaba en pie. Como si se hubiesen comunicado con Paco y Marta, detrás de ellos se oyó el llanto de Marta gimiendo desconsolada: “¡No, Dios, no, otra vez no!”. Paco parecía estar hipnotizado. No emitía palabra, solo miraba en dirección a donde una vez había estado su casa. Al momento se oyó un grito de enojo: “¿Por qué? ¿Por qué a mí,

Dios? ¿No te bastó con haberme destruido mi casa el año pasado? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué dejaste a mi familia sin casa?”.

Marta comenzó a desahogarse con Isabel y contarle toda la verdad de lo que había estado pasando. Isabel no podía creer lo que escuchaba; ella tenía una impresión muy alta de sus amigos y no podía creer que su matrimonio estuviese en tal crisis. Marta le contó cómo Paco no escuchaba razones, la insultaba verbalmente cuando discutían, no pasaba tiempo con la familia y les gritaba a los niños. En el patio, José hablaba con Paco tratando de ayudarlo a razonar. Tenía la suficiente confianza como para confrontar a Paco con la verdad. “Paco, no le estés echando la culpa a Dios de tu tragedia. Tú ya sabías que el fundamento de tu casa no iba a soportar la fuerza de una tormenta de esta magnitud. Esta es la tercera vez que te pasa lo mismo”. Paco se quedó pensando en las palabras de José cuando se oyó a lo lejos el equipo de rescate de la defensa civil de la ciudad buscando quien necesitara ayuda. Se apresuraron a salir cuando vino a su encuentro Pepe, el jefe de la defensa civil.

Pepe también había crecido con José y Paco.

—Paco, ¿estás bien? ¿Y los niños? ¿Cómo están? ¿Y tu esposa?

—Una pregunta a la vez, Pepe —le dijo Paco—. Vamos, ¿es que no viste cómo está mi casa?

—Sí la vi, por eso te pregunto —le contestó Pepe indignado—. ¿Cuántas veces te tengo que decir que ese terreno y ese fundamento no sirven?

Paco hizo una mueca de frustración y bajó la cabeza sin responder.

—Mira Paco, tú eres mi amigo, mi hermano y mi compadre —le dijo Pepe—. Tienes que irte de ahí. Yo te voy a ayudar, pero tienes que seguir mis instrucciones y las del constructor.

Pepe, Paco y José continuaron hablando y evaluando los escom-

bros de la casa de Paco. Milagrosamente, a la casa de José e Isabel no le había pasado nada. La pintura de afuera estaba maltratada con el viento pero no había nada roto. La casa había permanecido firme a pesar de la intensidad de la tormenta. Tanto José como Isabel se sentían agradecidos a Dios y preocupados por sus amigos, deseando que ellos hubiesen aprendido la lección de esta última tormenta.

En la tarde los niños estaban entretenidos en el cuarto jugando mientras Isabel y Marta cocinaban para todos. Llegaron José, Paco y Pepe, y se reunieron junto a Isabel y Marta. El rostro de Paco se mostraba más calmado y hasta tenía una sonrisa avergonzada en su rostro.

—He decidido vender el terreno y reconstruir en esta sección rocosa del vecindario —les dijo Paco entonces—. Quiero comenzar de nuevo, pero quiero comenzar bien. —Y mirando a su esposa continuó —Marta, perdóname, he sido un insensato. Abandoné a Dios, te abandoné a ti y abandoné a mis hijos. Los puse en peligro, y todo por no hacer lo que es correcto, lo que ya Dios me había advertido que hiciera. Voy a reconstruir mi vida, nuestra vida, nuestra casa. Voy a escoger otro fundamento.

Y mirando a su amigo José le dijo:

—¿Me ayudas?